

L'Echo de París una campaña abominable para cubrir su falta, extraviando la opinión pública.

Y, por último: acuso al primer Consejo de guerra, por haber condenado á un acusado, fundándose en un documento secreto, y al segundo Consejo de guerra por haber cubierto esta ilegalidad, cometiendo el crimen jurídico de absolver conscientemente á un culpable.

No ignoro que, al formular estas acusaciones, arrojé sobre mí los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa del 29 de Julio de 1881, que se refieren á los delitos de difamación. Y voluntariamente me pongo á disposición de los Tribunales.

En cuanto á las personas á quienes acuso, debo decir que ni las conozco ni las he visto nunca, ni siento particularmente por ellas rencor ni odio. Las considero como entidades, como espíritus de maleficencia social. Y el acto que realicé aquí, no es más que un medio revolucionario de activar la explosión de la verdad y de la justicia.

Sólo un sentimiento me mueve, sólo deseo que la luz se haga, y lo imploro en nombre de la humanidad, que ha sufrido tanto y que tiene derecho á ser feliz. Mi ardiente protesta no es más que un grito de mi alma. Que se atrevan á llevarme á los Tribunales y que me juzguen públicamente.

Así lo espero.

París, Enero 13 del 98.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Declaración de Zola ante el Jurado



Señores: En la sesión de la Cámara del 22 de Enero, M. Méline, presidente del Consejo de Ministros, declaró, entre los aplausos frenéticos de la mayoría complaciente, su mucha confianza en los doce ciudadanos en cuyas manos ponía la defensa del ejército. De vosotros hablaba, señores jurados. Y así como el general Billot había dictado su sentencia al Consejo de Guerra, encargado de absolver al comandante Esterhazy, dando á subordinados suyos desde lo alto de la tribuna la consigna militar del respeto indiscutible á la cosa juzgada, también M. Méline ha querido daros el orden de condenarme en nombre del respeto al ejército, que él me acusa de haber ultrajado. Desde aquí denuncio á la conciencia de las gentes honradas esta presión que los poderes públicos ejercen sobre la justicia del país. Esas son costumbres políticas abominables que deshonran á una nación libre.

30798

Veremos, señores, si obedeceréis. Pero no es cierto que yo esté aquí, ante vosotros, por la voluntad de M. Méline, quien sólo ha cedido á la necesidad de perseguirme, turbado, aterrorizado, por el nuevo paso que la verdad en marcha iba á dar. Todo el mundo lo sabe. Estoy ante vosotros porque he querido; y sólo decidí que este obscuro y monstruoso asunto llegase á vuestra jurisdicción para que la Francia lo sepa todo al fin y sea justa. Mi actitud no tuvo otro objeto y mi persona no significa nada, la sacrificio voluntariamente, satisfecho de poner en vuestras manos con el honor del ejército, el honor en peligro de la nación entera.

Si la luz no aclaró del todo vuestras conciencias, no fué por culpa mía. Parece ser que yo he soñado queriendo traer os todas las pruebas, estimándoos los únicos dignos, los únicos competentes. Se ha empezado por apartar de vosotros, con la mano izquierda, lo que se os ofrecía con la derecha; se aceptaba en apariencia vuestra jurisdicción, pero si se tenía confianza en vosotros para vengar á los miembros de un Consejo de Guerra, otros oficiales quedaron intangibles, superiores á vuestra justicia. Compréndalo quien pueda. Es el absurdo en la hipocresía y la evidencia, siguiéndose de aquí que se ha temido vuestro buen sentido, y que no se ha querido correr el riesgo de dejarnos lo decir todo para que todo lo juzguéis. Ellos pretenden limitar el escándalo, y el escándalo dado por mí consistía en procurar que el pueblo encarnado en vosotros fuese quien juzgara. Pretenden además que no podían aceptar una revisión dis-

frazada, confesando así, que tienen un miedo profundo á vuestra comprobación soberana. La ley tiene en vosotros su representación total y es la justicia del pueblo la que yo deseo, la que yo respeto profundamente como buen ciudadano, y no los oscuros procedimientos, gracias á los cuales han querido burlarnos.

Heme aquí, señores, excusado de las molestias que os ocasioné, sin haber conseguido inundaros con toda la claridad que yo soñaba. La luz, toda la luz, era mi vehemente deseo; y estos debates acababan de probaros que tuvimos que luchar paso á paso contra una voluntad extraordinaria de obstinación y tinieblas. Cada jirón arrancado á la verdad costó un combate; se nos ha discutido todo, se nos ha negado todo, atemorizando á nuestros testigos con la esperanza de que no probásemos nada. Y hemos luchado porque esta prueba fuese sometida por completo á vuestro juicio, á fin de que pudierais pronunciar sin remordimiento el fallo de vuestra conciencia. Estoy seguro de que tomaréis en cuenta nuestros esfuerzos y que después de todo la luz que hicimos pueda ser bastante. Habéis oído los testigos: luego oiréis mi defensor quien os contará la verdadera historia, esa historia que enloquece á todos y que nadie conoce. Quedo tranquilo. La verdad se ampara de vosotros.

M. Méline creyó imponeros su voluntad confiándoos el honor del ejército; y es precisamente el honor del ejército lo que me hizo apelar á vuestra justicia. Desde aquí doy á M. Méline el mérito más formal; yo no he ultrajado jamás al ejér-

cito; al contrario, expresé mi ternura, mi respeto por la nación en armas, por nuestros queridos soldados que defenderán siempre el territorio francés. También es falso que yo ataque á los jefes, á los generales que han de conducirlos á la victoria. Si algunas individualidades de las oficinas de Guerra comprometieron al ejército, con sus manejos, ¿descubrir á los culpables es insultar al soldado? Antes bien es una obra de buen ciudadano arrancar el grito de alarma para que no se reproduzcan los errores, causando nuevas desdichas. Además, yo no me defiendo y dejo á la historia el cuidado de juzgar mi actitud. Pero afirmo que se deshonoran al ejército cuando se consiente que los gendarmes feliciten á Esterhazy, conociendo las abominables cartas que ha escrito; afirmo que nuestro valeroso ejército es insultado cada día por los bandidos, que pretextando defenderlo, le manchan con su baja complicidad, arrastrando por el lodo todo lo que hay aún en Francia de generoso y grande; afirmo que son ellos los que deshonoran el ejército nacional cuando mezclan el grito de ¡viva el ejército! al de ¡á muerte los judíos! También han gritado ¡viva Esterhazy! ¡¡ Gran Dios!! El pueblo de San Luis, de Bayard, de Condé y de Hoche; el pueblo que cuenta cien victorias gigantes, el pueblo de las conquistas de la República y del Imperio, el pueblo cuya fuerza, cuyas franquicias y cuya generosidad asombraron al Universo, hoy grita ¡viva Esterhazy! Es una vergüenza de que sólo puede redimirnos un esfuerzo gigante de verdad y de justicia.

Conocéis la leyenda que se ha hecho: Dreyfus

ha sido condenado justamente y legalmente por siete oficiales infalibles, á quienes no se puede suponer víctimas de un error sin ultrajar al ejército entero. Dreyfus expía en una tortura vengadora su abominable traición; y como es judío se crea un sindicato de judíos, un sindicato internacional, disponiendo de cientos de millones con objeto de salvar al traidor por medio de las más imprudentes manipulaciones. Desde entonces el sindicato amontona crímenes, soborna las conciencias, arrojando á Francia en una agitación mortal, decidido á venderla al enemigo y á producir una guerra europea antes que renunciar á su espantoso propósito. Esto es muy sencillo, infantil é imbécil como veis; pero con ese pan envenenado, la prensa inmunda desde hace algunos meses alimenta á nuestro pobre pueblo. Y no hay que sorprenderse de que asistamos á una crisis desastrosa, porque sembrando de tal modo la torpeza y la mentira, se recoge forzosamente la demencia.

Ciertamente, señores, no he de haceros la injusticia de creer que hayáis acogido hasta hoy esos cuentos de nodriza. Os conozco, sé que sois el corazón y la conciencia de París, de mi gran París, donde he nacido, el que amo con infinita ternura, el que estudio y canto desde hace cuarenta años; y sé también lo que ahora se agita en vuestros cerebros, pues antes de venirme á sentar aquí como acusado ocupé otras veces el sitio donde vosotros estáis. Representáis la opinión media, la prudencia y la justicia. Cuando entréis en la sala de deliberaciones, mi pensamiento os acompañará y estoy seguro de que habéis de hacer todo lo po-

sible para salvar vuestros intereses de ciudadanos que, naturalmente son, según vosotros, los intereses de la nación entera. Podéis equivocaros, pero si acaso, os equivocaréis creyendo asegurar el bien de todos.

Os veo entre vuestra familia, por la noche, á la luz del quinqué, os oigo hablar con vuestros amigos, os acompaño á vuestros talleres, á vuestros almacenes; todos trabajáis en industrias, en comercios ó ejerciendo profesiones liberales y vuestra más legítima inquietud la produce el estado deplorable á que llegaron los negocios. La crisis actual amenaza convertirse en desastre, las ventas bajan, las transacciones hácense más difíciles cada vez, por esta razón el pensamiento que os domina y que leo en vuestros rostros impone la necesidad de acabar con todo esto que daña. Vosotros no diréis como algunos: «¿Qué nos importa que un inocente perezca en la isla del Diablo? ¿El interés de uno solo puede sobreponerse y turbar de tal modo un gran país?» Pero diréis sin duda que la agitación de los hambrientos de verdad y de justicia se paga muy cara con todo el mal de que se nos acusa; y si me condenáis no habrá en el fondo de vuestro veredicto más que un deseo de calmar á los vuestros, la necesidad de que los negocios vuelvan á su curso natural, y la creencia de que hiriéndome detenéis una campaña de reivindicación perjudicial á los intereses de Francia.

Pues bien, señores, os equivocaríais absolutamente. Hacedme la honra de creer que yo no defiendo aquí mi libertad; condenándome sólo conseguiríais engrandecerme; quien sufre por la ver-

dad y la justicia se hace augusto y sagrado. Miradme bien: ¿tengo yo cara de mentiroso, de sobornado, de traidor? ¿Por qué lucharé, pues? No tengo ambición política, ni pasiones de sectario: soy un escritor libre que ha consagrado su vida al trabajo y mañana volverá á las filas á proseguir su labor interrumpida. ¡Qué necios los que me llaman italiano, á mi, nacido de una madre francesa, educado por mis abuelos, campesinos de Francia; yo que perdí á mi padre á los siete años y que sólo después de cumplir los cincuenta y cuatro fui á Italia con el único objeto de buscar documentos para un libro! Lo cual no me priva de sentirme orgulloso de que mi padre hubiese nacido en Venecia, la ciudad resplandeciente cuya gloria antigua cantan todos los recuerdos. Y aun cuando yo no fuera francés, ¿los cuarenta volúmenes de lengua francesa cuyos ejemplares á millones circulan por el mundo entero, no bastarían para hacer de mí un francés útil á la gloria de Francia?

No me defiendo, pero cometeríais un error si creyeseis que condenándome restablecíais el orden en nuestro desgraciado país. ¿No comprendéis que lo que más daña á la nación, es la obscuridad en que se la tiene, y lo que más la hiere es la mentira? Las faltas de los gobernantes amontónanse y encandénanse; un engaño reclama otro engaño mayor para cubrirse, y así llegamos á una farsa espantosa. Un error judicial se ha cometido y para taparlo es preciso cometer cada día un nuevo atentado contra el buen sentido y la equidad. La condena de un inocente produjo la libertad de un

culpable; y aun hoy se os pide que me condenéis porque grito con angustia, cuando veo á la patria en mal camino. Condenadme, pues, pero será una falta más que añadir á las otras, una falta de que la historia os hará responsables. Y mi condena, en lugar de producir la paz que deseáis, que deseamos todos, será nueva semilla de pasiones y desórdenes. La medida está colmada, os lo aseguro, no la hagáis vosotros desbordar.

*
* *

¿Cómo no os hacéis cuenta exacta de la terrible crisis que el país atraviesa? Se dice que somos los autores del escándalo; se dice que los amantes de la verdad y de la justicia relajan la nación y la conducen á la ruina. En verdad esto es una burla sangrienta. ¿Por ventura el general Billot, y cito á uno sólo, no está desde hace año y medio advertido? ¿Por ventura el coronel Picquart no insistió en que la revisión se hiciera para que la tempestad no estallase arrastrándolo todo? ¿Y M. Scheurer-Kestner no ha suplicado con lágrimas en los ojos para que se evitara la catástrofe? No, no, nuestro deseo fué facilitar lo todo, y si el país padece, la falta es de los poderes públicos que para cubrir á los culpables y sirviendo intereses políticos, se negaron á todo, creyéndose bastante fuertes para impedir que la luz se hiciera. Manobraron en tinieblas y son los responsables de todo.

¡El asunto Dreyfus! ¡Ah, señores! A la hora

presente resulta bien pequeño, bien alejado de nosotros, bien insignificante comparado con las terribles luchas que ha producido. Ya no hay asunto Dreyfus; se trata solamente de saber si Francia es todavía la Francia de los derechos del hombre, la que dió la idea de libertad á todo el mundo y debía darle también la idea de justicia. ¿Somos aun el pueblo más noble, más fraternal y más generoso? ¿Pretendemos conservar en Europa nuestra fama de justos humanitarios? ¿No son todas las conquistas que habíamos hecho las que ahora se nos discuten? Abrid los ojos y comprended que para llegar á tal desorden, el alma francesa debe estar removida hasta sus más íntimas profundidades y en frente de un peligro temible. Un pueblo no se trastorna de tal modo sin poner su vida moral en peligro. El momento reviste una gravedad excepcional puesto que se trata de la salud de la nación.

Cuando hayáis comprendido todo esto, sentiréis que no hay más que un remedio posible: decir verdad y hacer justicia. Todo lo que retarde la luz, todo lo que aumente las tinieblas con otras tinieblas, no hará más que prolongar y agravar la crisis. La misión de los buenos ciudadanos, de los que sienten la imperiosa necesidad de que esto concluya, se reduce á exigir que todo se aclare. Ya son muchos los que piensan así; los literatos, los filósofos, los científicos, lo afirman por doquiera en nombre de la inteligencia y de la razón. Y no hablo del extranjero, del temblor que ha poseído á la Europa entera; lo cual demuestra que no todo extranjero es forzosamente un enemigo. Nada os

UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 111753
1625 MONTERREY, MEXICO

digo de los pueblos que pueden ser mañana nuestros adversarios; de la poderosa Rusia nuestra amiga, de la pequeña Holanda, de todos los pueblos simpáticos del Norte y también de los que hablan nuestro idioma: la Suiza y la Bélgica. ¿Por qué tienen todos el corazón oprimido, embargado por el sufrimiento fraternal? ¿Soñáis en una Francia aislada de todo el mundo? ¿No os gustaría que al pasar la frontera nadie se burlase de vuestra fama legendaria de equidad y fraternidad?

¡Ah, señores! Como tantos otros, acaso esperáis también que la prueba que justifique la inocencia de Dreyfus descienda del cielo, violenta como el rayo. La verdad no suele ofrecerse así, requiere algo de investigación y algo de inteligencia. ¡La prueba! Sabemos dónde está, dónde encontrarla, pero sólo lo pensamos desde el fondo de nuestras almas, y nuestra angustia patriótica nos hace temer que un día se nos ofrezca esta prueba, como una bofetada, después de haber comprometido el honor del ejército en una mentira. Quiero declarar francamente que si hemos presentado como testigos á ciertos miembros de las Embajadas, nuestra voluntad formal era desde luego no citarlos aquí. Ha hecho reír nuestra audacia, pero no creo que se haya reído nadie desde el Ministerio de Negocios Extranjeros, porque allí han debido comprendernos. Hemos querido sencillamente demostrar á todos los que saben la verdad, que nosotros la conocemos también. La verdad se conoce bien en las embajadas, y pronto ha de ofrecerse á los ojos de todos. Si nos es imposible buscarla hoy donde se oculta protegida por invencibles forma-

lidades, el Gobierno, que no ignora nada, el Gobierno, que está convencido como nosotros de la inocencia de Dreyfus, podrá cuando quiera y sin riesgo encontrar testimonios que hagan luz.

Dreyfus es inocente, lo juro. Empeño mi vida, empeño mi honor. En esta hora solemne, ante un Tribunal que representa la justicia humana, ante los jurados, que sois la emanación misma del país, ante toda Francia, ante el mundo entero: juro que Dreyfus es inocente. Y por mis cuarenta años de trabajo, por la autoridad que mi labor pudo valerme: juro que Dreyfus es inocente. Por cuanto he conquistado, por la fama que alcancé, por las letras francesas: juro que Dreyfus es inocente. Que todo se hunda, que mis obras perezcan si Dreyfus no es inocente. ¡Es inocente!

Todo se revuelve contra mí, las dos Cámaras, el Poder civil y el Poder militar, los diarios de gran circulación y la opinión pública, envenenada por ellos. Y en mi ayuda sólo una idea, un ideal de verdad y de justicia. Estoy satisfecho, tranquilo, seguro de vencer.

No he querido que mi país permanezca en el error y en la injusticia. Aquí pueden condenarme, pero algún día Francia entera me agradecerá el haberla ayudado á salvar su honor.
